

## **El lugar de Francia en el mundo: un desafío permanente**

Philippe Faure

Hoy en día, Francia representa menos del 1% de la población mundial; ciertamente, este porcentaje irá disminuyendo durante muchos años más. Menos del 5% de la riqueza mundial se produce en Francia; pero no podemos resumir el lugar de un país en el mundo con datos cuantificables. Nuestros amigos extranjeros están impresionados por esta eterna obsesión francesa por el lugar de nuestro país en el mundo. Lo sobrestimamos o lo subestimamos y nada nos gusta más que debatir infinitamente sobre este tema. Algunas de nuestras mejores mentes han tomado partido al respecto y algunas saben que es conveniente volver a una evaluación justa de Francia, que se ha convertido en una potencia promedio.

Por supuesto, no hay que confiarse en un exceso de pretensión que fue percibido durante mucho tiempo como la marca de Francia y que ha permanecido en el imaginario de la mayor parte de nuestros socios en el mundo, particularmente en Europa. No hay que confiarse no solamente para no irritar a los socios que necesitamos, sino sencillamente porque la lucidez es lo que precede a la acción eficaz. Ninguna ambición puede dar resultados si no está basada en el principio de la realidad. Pero tampoco caigamos en el exceso contrario de la subevaluación y de la autodepreciación. De los 192 países con que cuenta Naciones Unidas, esta potencia promedio, o más bien esta potencia mediana, sería la potencia número 95. Esto no tiene sentido tratándose de Francia. En resumen, haciendo a un lado el caso muy particular de Estados Unidos, nuestro país forma parte de las seis o siete principales potencias de influencia mundial. Esta lista incluiría a Gran Bretaña, Alemania, Rusia, China, Japón e incluso la India. Brasil o Sudáfrica podrían adherirse mañana. Algunos países que están hoy en día en esta lista, quizás no lo estén eternamente. Estas potencias conforman una mezcla heterogénea que, por razones económicas, culturales o militares, por el hecho de tener un lugar en el Consejo de Seguridad, en el G8, o por tal o cual factor, tienen una influencia que se extiende en relación con su poderío *stricto sensu*. ¿La Unión Europea forma parte de esta lista? Este es el punto, y regresaré a él después.

En un contexto difícil, sea este en el plano interno o en el plano europeo, el debate sobre el ocaso francés parece tomar un nuevo interés. Pero, ¿acaso somos más débiles actualmente que después de la batalla de Sedán, de Dien Bien Phu, de la crisis de Suez, o incluso de 1940? Quizás algunos franceses son nostálgicos de la Francia de Luis XVI, que controlaba Europa, o de la de Napoleón, que la conquistaría, pero la mayoría sabe que esas aventuras eran unas veces peligrosas, otras veces inútiles, y en todo caso, ya no son de actualidad. Regresando al punto de partida de esta reflexión, es interesante preguntarse sobre lo que es Francia hoy en día en comparación con otros países en el mundo y con lo que era en el pasado. ¿Cuáles son sus logros? ¿Qué relación podemos establecer entre su influencia, por una parte, y su tamaño y población, por la otra? ¿Cuáles son los factores que hacen que su influencia se extienda y cuáles son los que la frenan? De la interrogante sobre el lugar de Francia en el mundo, podrían derivarse otras dos cuestiones. La primera, ¿qué intereses debemos defender, qué posiciones debemos valorar y qué valores debemos

promover? La segunda, ¿qué medios utilizamos para este fin?

### *Una potencia francesa indisociable de la Unión Europea*

No tiene sentido hablar del lugar de Francia en el mundo omitiendo la dimensión europea. Efectivamente, no hay que perder de vista que Francia es una potencia europea y mundial a la vez. Nuestra suerte, pues, está inextricablemente ligada a nuestro papel en Europa, y al papel de Europa en el mundo.

### Por una Europa-potencia

La Unión Europea es hoy en día una potencia en el mundo, mañana debe ser una potencia mundial. Aquí también es importante apreciar las evoluciones en su justa dimensión y abstenerse de todo catastrofismo, al dejarse llevar por la atmósfera deprimida por la que estamos pasando. Francia siempre ha estado a favor de la Europa-potencia; *l'Europe-puissance*, esta expresión, muy francesa, retoma una concepción del proyecto europeo que no solamente se limita a su dimensión económica y comercial, sino que está inspirada por una verdadera voluntad política para influir en las relaciones del mundo. Tal como lo muestran constantemente los sondeos, los franceses quieren una Europa más activa en la escena internacional, y los europeos han avanzado mucho en el terreno de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) y de la Política Europea de Seguridad y de Defensa (PESD). También podemos citar la adopción de la Estrategia Europea de Seguridad en diciembre de 2003 que constituye el principio de un corpus doctrinal fundado en la visión de la Unión Europea como actor global. Además, se han realizado numerosos progresos al respecto en términos de operaciones y de mejoras en los instrumentos europeos de gestión de crisis y de intervención. Nuestro país ha auspiciado estos avances, la mayoría de las veces al lado de Alemania y el Reino Unido. Estas iniciativas han sido posibles precisamente porque se apoyan en las oportunidades nacionales, ventajas comparativas que son características de nuestra situación de potencia, es decir, capacidades de análisis y de proyección tanto civiles como militares, y capacidades de decisión en París, Bruselas o Nueva York.

### Los retos de la Unión Europea en el nuevo orden geopolítico mundial

Fuerzas muy diversas atraviesan el mundo de hoy. En ellas operan tanto lógicas clásicas de poder, que nos recuerdan tiempos que creíamos superados, como nuevas formas de inestabilidad y de caos, comenzando por el terrorismo. A esto se suma como telón de fondo el fenómeno de la globalización, que produce interdependencia; colectiviza las oportunidades, los riesgos y las crisis. Evidentemente, todas estas evoluciones provocan cambios considerables y rápidos. De ahí las percepciones contradictorias, entre muchos franceses, de un planeta tanto global como disperso, una sensación de torbellino, de vértigo, de interdependencia sin control, un espacio de decisión a escala mundial en donde se disolverían las decisiones nacionales. Son otros tantos elementos que se suman a las angustias muy concretas ligadas de manera particular al problema persistente del desempleo. Este listado representa un fondo lucrativo interesante para muchos políticos. Luego entonces, es fácilmente comprensible, en este contexto, que esta noción de

globalización reúna y resuma todos nuestros miedos. A veces con razón, a menudo equivocadamente, en particular cuando es asimilada a Europa. Esta también contribuye a renovar una serie de preguntas, particularmente sobre el papel de los Estados, de igual manera sobre el proceso de integración europea, que es percibido ampliamente a través de este prisma. Es indiscutible que la Unión Europea es uno de los eslabones de este proceso. La apreciación de su papel es más controvertida: ¿es cómplice de esta globalización, tan abominable para nosotros, la cadena que la hace funcionar, o al contrario, la Unión Europea puede ser una muralla protectora contra sus efectos considerados particularmente nefastos, o incluso un amortiguador que muestre los efectos positivos de la globalización sin dejar de controlar los golpes?

Me gustaría evocar también los desafíos que debemos enfrentar como franceses y como europeos. Mi primera convicción es que los desafíos del momento son fundamentalmente de naturaleza sistémica. El orden actual sigue siendo el resultante de la Segunda Guerra Mundial. La Organización de Naciones Unidas (ONU), las comunidades europeas, actualmente la Unión Europea, son los productos más representativos. Pero el mundo ha cambiado, volviendo a cuestionar también los elementos que datan de la posguerra, y nosotros no hemos asimilado todas las consecuencias de esto. Me parece que dos fechas decisivas han determinado la problemática actual. Antes que nada, por supuesto, tenemos el periodo 1989-1991 con la caída del muro de Berlín, el fin de la URSS y el desmembramiento del bloque del Este. Este cambio geopolítico mayor implicó una serie de consecuencias que dan forma actualmente al paisaje europeo y determinan los desafíos a los que nos enfrentamos. Se vuelve a renovar profundamente el sentido de una serie de cuestiones cruciales. Antes que nada, la de las fronteras de la Unión Europea, que no se plantea verdaderamente sino a partir de 1989. Antes, las fronteras de nuestra Europa de las comunidades las establecía el bloque comunista desde fuera. Las ampliaciones sucesivas de 6 a 15 fueron hechas desde adentro. En la actualidad, ¿hasta dónde es deseable y posible fijar los límites geográficos de la Unión? La segunda cuestión, íntimamente ligada a la primera, es la de la identidad europea –es el resultado de la anterior. Evidentemente, siempre es más fácil determinarse respecto a un enemigo común del Este, como por mucho tiempo fue el caso, que por un proyecto colectivo relevante. La tercera cuestión va ligada a las relaciones con los grandes socios. El mundo de antes era más simple, más confortable. Tanto los enemigos como los amigos estaban claramente identificados, las relaciones se estructuraban a través de alianzas. La dificultad actual es pasar del estatus de aliado al de socio, particularmente con Estados Unidos.

### *Francia y las instancias internacionales frente a las nuevas amenazas*

El otro elemento que cambió las reglas del juego es, por supuesto, el shock del 11 de septiembre de 2001 y los sobresaltos que siguieron hasta la guerra de Irak. Se plantean dos grandes cuestiones en términos de doctrina. La primera tiene que ver con el multilateralismo. ¿En qué medida son pertinentes los textos y las instituciones forjadas en la segunda mitad del siglo XX –pero que sólo pudieron mostrar su esplendor precisamente después de 1989– para tratar los problemas del mundo, particularmente para enfrentar el terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva? ¿Cómo evitar que las imperfecciones de estos instrumentos no se conviertan en pretexto para volver a

lanzar el sistema de seguridad colectiva y de esta manera volver a legitimar lógicas de poder unilateral? ¿Cómo hacer para que las únicas reglas del juego comúnmente admitidas con las que contamos actualmente, las de la Carta de Naciones Unidas, sigan siendo pertinentes? La última cuestión es la del uso de la fuerza. ¿Cuándo y cómo debemos rechazar en bloque el uso preventivo de la fuerza, mientras que al mismo tiempo pregonamos la idea de un deber proteger que incita a la intervención? Mientras que identificamos amenazas como la proliferación de armas de destrucción masiva (ADM) o el terrorismo, incluso la combinación de ambos, que nos lleven a reexaminar la noción relevante, ¿se puede mejorar la prevención? ¿Cómo conciliar los imperativos contradictorios de la reactividad, condición de eficacia, y del consenso, fuente de legitimidad? El discurso del presidente de la República, el 19 de enero de 2006, durante su visita a las fuerzas aéreas y oceánicas estratégicas en la isla de Longue (Finisterra), y el Libro Blanco del gobierno sobre la seguridad interna frente al terrorismo, plantean hitos importantes sobre estas cuestiones esenciales a escala nacional. Pero, ¿únicamente se plantea la cuestión para los Estados o también para la Unión Europea? Finalmente, ¿cómo asumir la responsabilidad de la reconstrucción, ya sea política, económica o nacional, que implica la decisión de recurrir a la fuerza?

En un segundo plano se perfila la globalización, resultado ligado a los progresos técnicos que han acortado distancias, y las políticas de apertura y de desregulación perseguidas por los Estados. La globalización tiene innegables efectos positivos sobre el bienestar económico de las sociedades que han jugado el juego. Pero de igual manera es portadora de peligros, de naturaleza o de alcances nuevos, tanto en la seguridad internacional (terrorismo) y nacional (drogas, pandemias, tráfico de seres humanos), como en el plano económico (descentralización, desempleo), social y cultural (fenómenos como pérdida de identidad, de referencias y de perspectivas).

Finalmente, una última pregunta, ¿cuál es el punto de conciliación socialmente o políticamente aceptable entre los beneficios de la globalización y sus aspectos negativos o incluso peligrosos para la seguridad, el equilibrio social y la estabilidad política? De nuestra capacidad para responder estas preguntas fundamentales, de manera, si no conjunta, por lo menos coherente, con nuestros aliados europeos, y si fuera el caso, con los estadounidenses, y con nuestros otros socios del mundo, dependerá nuestra aptitud para definir y para ocupar un lugar a la altura de nuestras ambiciones. Mientras reflexionamos sobre estas apuestas a largo plazo, debemos gestionar las crisis de corto plazo y tomar decisiones que a menudo tienen que ver con el futuro. Entre varios ejemplos de estos retos, sólo escogeré dos: la crisis nuclear iraní y la lucha contra el terrorismo.

### La crisis iraní

Como lo señaló Jacques Chirac cuando visitó El Cairo en abril de 2006, la actitud actual de Irán es una fuente de inquietud para la región y el conjunto de la comunidad internacional. La Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA) constató que estas actividades nucleares fueron llevadas a cabo con disimulo. Por otro lado, Irán sigue un programa inquietante de misiles de alcances cada vez mayores. Hoy más que nunca, la

decisión está en manos de los dirigentes iraníes, que deben entender que para la comunidad internacional la perspectiva de un Irán militarmente nuclearizado es inaceptable. Lo que está en juego en la crisis iraní es la eficacia del sistema multilateral, en general, y de los regímenes internacionales de la No Proliferación, en particular. Más que muchos otros países, Francia señaló en años recientes que la seguridad internacional debía descansar en reglas comunes admitidas por todos, y respetadas, antes que nada, por aquellos que las habían suscrito. Es este el mismo marco internacional que ha defendido con convicción y determinación en el marco de la crisis de 2003 en Irak. Además de sus declaraciones propiamente inaceptables sobre Israel y sobre el holocausto, el presidente iraní también desafió abiertamente a Naciones Unidas. Ante tales declaraciones no se puede permanecer indiferente. Después de las violaciones iraquíes y libias en los años 1990, que, por lo demás, se resolvieron a través de otros marcos que el previsto por el Tratado de No Proliferación (TNP), y que tras el anuncio del retiro de Corea del Norte se hayan dado múltiples violaciones al TNP por parte de Pyongyang, es difícil ver cómo este tratado podría conservar alguna credibilidad, cualquiera que esta sea, en caso de que Irán se retire de este. En ese momento, asistiríamos ya sea a su implosión, ya sea a su fractura, apenas diez años después de haber obtenido su aplazamiento indefinido en 1995, y solamente algunos meses después del fracaso de la conferencia de revisión en mayo de 2005. No es solamente una visión abstracta del orden internacional lo que se pondría en tela de juicio; la credibilidad de las herramientas multilaterales de lucha contra la proliferación y los intereses estratégicos franceses están, de hecho, íntimamente ligados. Consideramos que nuestra seguridad descansa en gran parte en la protección que brindan las reglas del juego que se imponen a todos, y en las que todos tienen suficiente confianza como para no buscar garantizar su propia seguridad únicamente por una acumulación de recursos militares, lo que podría resultar desestabilizador. Por otro lado, Francia ha ligado sus esfuerzos de desarme a la consolidación de dicho marco multilateral. Basta con releer la alocución del Presidente de la República a las fuerzas armadas, el 23 de febrero de 2006, en donde anuncia importantes medidas de revisión de nuestra postura nuclear, ligadas explícitamente a la evolución del contexto estratégico, para convencernos de ello. De igual manera, la credibilidad europea está en juego, trátase de la credibilidad institucional de la Unión Europea o de la credibilidad política de los tres países que han dirigido la negociación con Irán, antes de que este último le pusiera fin. Tanto fuera como dentro de la Unión, un fracaso podría tener un efecto expansivo similar al que se pudo tener en la primera mitad de los años 1990 en la ex Yugoslavia. Todavía se recuerda la declaración nefasta de Jacques Poos, entonces ministro de Relaciones Exteriores luxemburgués, según la cual “le ha llegado la hora a Europa”. Por otro lado, más allá de las consecuencias globales, podría haber consecuencias importantes en el orden regional. En una dinámica bilateral, los ensayos nucleares de la India y Pakistán tuvieron un efecto desestabilizador que se replegó, en muchos aspectos, al sur de Asia. No sería este el caso si Irán traspasara el umbral nuclear. Aunque sería erróneo hablar de efectos dominó nucleares, en la medida en que las repercusiones en cadena no serían ni automáticas ni inmediatas, los países vecinos han mostrado en el pasado ambiciones nucleares, que podrían reavivarse en caso de que Irán se nuclearice. En las circunstancias actuales, hemos constatado con Estados Unidos y Europa, y en general más de parte de la comunidad internacional, lo contrario de lo que hemos visto en el caso iraquí. Se debe consolidar un relativo consenso sobre la amenaza, un acuerdo sobre el objetivo, una

cooperación diplomática eficaz en el marco de las instituciones multilaterales existentes – ayer la AIEA, hoy el Consejo de Seguridad. Francia alentó la iniciativa de los tres europeos (Francia, Alemania y Gran Bretaña) en el verano de 2003; posteriormente, en estrecha coordinación con Washington y en plena transparencia con Moscú y Pekín, guió un proceso que, actualmente, no lo negamos, está en una etapa decisiva.

### La lucha contra el terrorismo

Tenemos la oportunidad de contar a la vez con un dispositivo nacional eficaz y con un conocimiento efectivo sobre cuestiones de terrorismo, fruto de la experiencia sangrienta de los años 1980 y 1990. En este ámbito, como se encuentra detallado en el Libro Blanco de enero de 2006 sobre la lucha contra el terrorismo, Francia tiene un papel particular que desempeñar en el plano operacional, doctrinal y diplomático. Estamos en un contexto marcado por una buena, incluso una excelente, cooperación operacional en el plano táctico entre europeos, entre europeos y estadounidenses, y con países de Medio Oriente. A partir de este momento, toda la apuesta consiste en reforzar esta cooperación táctica con una convergencia en el plano estratégico. El terrorismo islámico contemporáneo de la djihad está plagado de fantasías, y reacciona de manera oportunista a la retórica occidental, a diferencia de los terrorismos políticos tradicionales, que se circunscribían a un espacio político. Debemos, pues, tener cuidado en no dejarnos atrapar por los discursos empleados por los terroristas de una manera tan oportunista como artificial. Si bien nosotros debemos de luchar contra el subdesarrollo, contra la pobreza o bien para resolver las crisis regionales, por la justicia en Oriente Próximo, es porque efectivamente cada uno de estos objetivos representa un fin en sí mismo para nuestra diplomacia y no solamente para luchar contra el terrorismo. Desde este punto de vista, la expresión estadounidense de “guerra contra el terror” y la voluntad que la acompañó para abarcar en el mismo vocablo al terrorismo empleado por grupos locales en el marco de las luchas nacionalistas y al terrorismo de Al Qaeda, nos ha hecho el trabajo más difícil. Efectivamente, esta ayudaba a Bin Laden, quien buscaba presentarse como el defensor de los oprimidos, ya fueran de Gaza o de Grozny, contra Estados Unidos, al hacer *de facto* causa común con Rusia, China y, en cierta medida, Israel. Todos los actos terroristas son condenables por igual, trátase de una bomba detonada por palestinos en Tel Aviv o por marroquíes en Madrid, no obstante, no son todos iguales. Nuestra determinación para luchar contra el terrorismo, ya sea regionalista, dirigida por los Estados, de la djihad y transnacional, es la misma, pero nuestras respuestas serán diferentes. Debido a que Francia lleva un mensaje de diálogo, y entiende que la seguridad, para que sea duradera, no puede basarse solamente en el poder, *a fortiori* el poder militar, su determinación y su saber-hacer en materia de lucha contra el terrorismo actualmente son reconocidos por todos. El trabajo de los servicios de información, el de los jueces, de los policías, de los militares, de los investigadores y de los diplomáticos, forman una continuidad que, igualmente, son parte de nuestra especificidad.

En resumen, los franceses, y de manera más general los europeos, hoy en día deben converger en la visión de un mundo cuyos problemas de seguridad son graves, y cuyas amenazas no han desaparecido. Estos aportan, para el análisis de la seguridad internacional y para la evaluación de la amenaza, las características que les son propias:

proximidad geográfica y cultural con las sociedades involucradas, inquietud respecto al riesgo de polarización de identidad antioccidental por parte de estas sociedades, sensibilidad respecto a las dimensiones política y económica de la seguridad y, finalmente, preferencia por establecer acuerdos sobre la seguridad en dispositivos institucionales formales. Esta manera europea de analizar las cuestiones de seguridad no es un signo de debilidad o complacencia, es legítima y complementaria a la de Estados Unidos.

Para concluir, y frente a la complejidad creciente del mundo, nosotros debemos aportar la riqueza de nuestra reflexión y la coherencia de nuestras herramientas. Hoy en día, tal vez estamos experimentando la aceleración de la Historia y el sentimiento de que los acontecimientos se nos escapan. Esto es el resultado de una plasticidad estratégica que plantea al mismo tiempo retos y oportunidades, para aquellos que saben aprovecharlas. En este contexto, las cuestiones que tienen que ver con la política de influencia revisten, evidentemente, una importancia determinante. Nuestra acción en el Quai d'Orsay (Ministerio de Asuntos Exteriores), y de manera más amplia, en el seno del gobierno francés, se distingue constantemente por esta voluntad de ligar la reactividad y la reflexión, la flexibilidad sobre los medios y la firmeza en los principios. Ahora más que nunca, debemos recordar que nada nos está dado. Nuestro lugar en Europa y en el mundo está cada vez más en función de lo que hacemos, de lo que seremos, y cada vez menos, de lo que somos.

**Philippe Faure**, Secretario General del Ministerio de Asuntos Exteriores

[Discurso pronunciado el 9 de mayo de 2006]

Traducción de Roberto Rueda Monreal

## **Revue des revues, sélection de janvier 2007**

Philippe FAURE : « La place de la France dans le monde : un défi permanent »  
article publié initialement dans *Revue internationale et stratégique*, automne 2006.

### Traducteurs :

Anglais : Gregory Elliott  
Arabe : Béchir Sibaie  
Chinois : Yan Suwei  
Espagnol : Roberto Rueda Monreal  
Russe : Ekaterina Belavina

### Droits :

© Philippe Faure pour la version française  
© Gregory Elliott/Bureau du livre de Londres pour la version anglaise  
© Béchir Sibaie /Centre français de culture et de coopération du Caire – Département de Traduction et d'Interprétation pour la version arabe  
© Yan Suwei/Centre culturel français de Pékin pour la version chinoise  
© Roberto Rueda Monreal /Institut français d'Amérique latine pour la version espagnole  
© Ekaterina Belavina /Centre culturel français de Moscou pour la version russe